

### Capítulo III. La experiencia del ser reducida a *presencia*.

#### III - 1. Nueva acometida metafísica.

Conscientes de lo arriesgado de la frase, concluíamos el anterior capítulo afirmando que el gozo sencillo de ser puede acercarse indefinidamente a la pureza total; y esto, por su constitutiva apertura a todo lo que sea valor y riqueza. Tal afirmación, si hemos de mantenerla, nos obliga a un análisis profundo del ser y del ser del hombre, así como del gozo que su conciencia –el hecho de ser consciente del propio ser- procura. Es un análisis metafísico que, de hacerlo con toda la extensión que el tema reclamaría, nos abocaría a un tratado entero. Como no es pertinente tamaña empresa, nos ceñiremos a justificar la apertura constitutiva de la conciencia de ser y su posibilidad de acercarse indefinidamente a la pureza total.

En ocasión anterior de este estudio hemos hecho un primer intento de aclarar el concepto de ser y despojarlo de adherencias desfiguradoras. Decíamos de él que era el concepto más preñado de sentido y contenido, porque en él, gracias a su confuso contorno están contenidos los conceptos de todas las cosas, situaciones y perfecciones. Y tratábamos de apartar de la mente la imagen de una especie de ámbito espacial en el que las cosas se encontrarían alojadas

#### III - 2. El concepto de “presencia” equivalente al de “ser”.

Invitamos ahora a enfocar el contenido del concepto de ser bajo la idea de “presencia”, sin que esto implique una sustitución de un término por otro. Se objetará que para aclarar un concepto difícil de asir apelamos a otro todavía más difícil. Si el concepto de ser puede suscitar en la imaginación la imagen de un ámbito espacial, proporcionándole así al menos algo donde descansar ¿qué descanso ofrecemos a la imaginación con el concepto de “presencia”? Nos da la impresión de que nos dan una sartén sin mango, una pura abstracción que se nos escapará de las manos al primer esfuerzo que hagamos para decir algo de ella.

Sin embargo, se da a la mano de cualquiera un campo de vivencias que, aunque no son de orden imaginativo, se presentan con bastante frecuencia e impresionan el sentimiento en grado suficiente como para que se nos sobreponga su presencia con tal nitidez que podamos asirla, manejarla y comprenderla. Piénsese, por ejemplo en los estados de obsesión. En ellos la presencia de una determinada persona, objeto o situación, que antes de haber concebido la obsesión era tenue y lejana, cobra proporciones gigantescas.

Otro caso de presencia, que nos proporciona ocasión de analizarla en vivo, es la "presencia de ánimo". Cuando gozamos de ella, lo que se nos hace presente es la decisión de superar determinada dificultad junto con la esperanza de lograrlo, la visión de los medios a emplear y la voluntad de emplearlos. Ese complejo de posibilidades nuestras, habitualmente dormidas, actualizadas ahora y puestas a punto por la urgencia de la situación, generan una disposición interior, que embarga con su presencia todo nuestro ser y le hace desplegar toda su energía.

Sentimos el alma presente en nuestro interior dotada de tal fuerza vivificante que no puede menos de tomar la presidencia sobre los demás rasgos de nuestra persona, haciéndose "presencia" más bien que "presente". La presencia de ánimo es así una ocasión que nos dispone a captar en vivo lo que es una presencia. La localizamos en el ánimo, más que en el alma, porque el alma es concebida como algo sustancial y permanente, mientras que al ánimo, cuya presencia nos vigoriza lo sentimos transitorio: acorde, por lo tanto con el carácter puntual con que se nos presenta la presencia de ánimo

Otra gran presencia captable en vivo es la que nos ocupa: la presencia del ser en nosotros.

Quien quiera hacer la sencilla experiencia –ya apuntada- de encontrarse *siendo*, percibirá cómo cuanto más pura y desnudamente se sienta siendo, cuanto más desembarazado esté de las intromisiones de la imaginación y el afecto, es decir, cuanto más atento esté a sí mismo, tanto también más presente a sí mismo se sentirá. Y si entonces se pregunta qué es en definitiva ese ser suyo que buscaba en sí mismo, se encontrará abocado a responderse que ese ser es esa misma presencia de sí mismo que está experimentando. Y empezará a entender que quien dice ser dice *presencia*. Que *ser*-puro y desnudo ser, no algo que es- no es el como meollo y esencia del conjunto universal de las cosas (si se puede hablar así); es simplemente *presencia*. Y que no hay más que buscar en el ser que *presencia*. Que si el ser, de alguna manera, como decíamos antes, contiene en sí todas las cosas, cualidades, riquezas, situaciones y facultades, por ser la última y más genérica abstracción de todas ellas, su contenido se tiene que reducir a una nota simplicísima y purísima. Y que esta nota de "presencia" cumple todas las condiciones para ser la elegida. Dice nada más que *no-nada*, tiene una connotación tenuísima –muy lejos de ser explícita- del "aquí", el "ahora" y el "esto", y describe perfectamente la experiencia del ser personal. La elige, pues, sin sentir ninguna necesidad de completar el concepto con un genitivo adosado según el esquema "presencia de tal cualidad o característica" "presencia de tal cosa".

### III - 3. De la presencia fluyen sus propiedades.

Reduciendo a presencia la experiencia del ser personal, descubrimos que nos hemos topado con un concepto del que con gran connaturalidad van a surgir sus propiedades y características. Su estudio es lo primero que hemos de afrontar si queremos analizar serenamente el fenómeno de la convivencia y la naturaleza de las entidades morales que de ésta surgen. Las notas que las constituyen han de

participar de las que descubramos en su último fundamento, que no es otro que el concepto de ser o presencia.

Labor ardua y sacrificada ésta de hacer metafísica. Tanto que fácilmente encontramos subterfugios para escaparnos de ella. Nos acogemos a los fáciles recursos de la libertad de pensamiento, la igual dignidad de cualquier modo de sentir, invocamos el descrédito de la metafísica a la que se la piensa demasiado proclive a zanjar los problemas por medio de imposiciones dogmáticas. Nos puede el miedo de tener que admitir conclusiones que vayan en contra de prejuicios ya admitidos o compromisos sentimentales o sociales incrustados en el entramado de la vida.

Nos fijaremos principalmente en las cuestiones que pueden aportar más luz.

El haber escogido el concepto de "presencia" antes que el de "ser" nos libera de las trabas con que este último, por medio de su imagen, obstaculizaba nuestro acceso a la unidad que, llámese ser o llámese presencia, debe tener y manifestar. El contraste entre la experiencia de la propia presencia ante uno mismo, la conciencia del propio ser, experiencia que podíamos llamar de concentración, y la imagen de una especie de éter tenuísimo difundido por los espacios infinitos, que no hay modo de concentrar ni hacerla presente a sí misma, nos abocaba o bien a descalificar el concepto de ser, o bien a renunciar a entender claramente cómo eso de captarse a sí mismo o estar consigo mismo puede extenderse de la experiencia del "yo soy" al ser en general.

El concepto de presencia se verifica nítidamente en el "yo". El "yo" se es presente a sí mismo, es una presencia personalizada. Es verdad que en el momento en que queremos visualizar la presencia en general nos encontramos sin asidero para la imaginación. Pero el puro entendimiento no encuentra dificultad en contemplarla y analizarla tal cual se encuentra en el "yo", aunque prescindiendo de su carácter de mía.

#### **III - 4. Unidad de la presencia.**

Así entiende que donde haya presencia tiene que haber también unidad. La presencia, la pura presencia, o digamos lo mismo, el ser, es lo último y más básico en la constitución de las cosas. La presencia de una cosa (no la presencia ante mí ni ante ti, ni la presencia mía ni tuya) es justamente el no ser nada<sup>1</sup> de esa cosa, el estar fuera de la nada. Y el estar fuera de la nada es lo mínimo que se puede decir de cualquier cosa. Sobre ese mínimo habrá que construir el edificio de las notas que constituyen a esa cosa como tal cosa, digamos por ejemplo, como tal automóvil concreto. Ese mínimo, llámese "presencia" o "ser" o "no-nada", es por eso el último fundamento de ese edificio, es lo primero que hay que decir de él cuando se quiere describir qué es.

---

<sup>1</sup> Empleamos aquí la expresión "no ser nada" en su sentido estrictamente lógico, es decir, como la negación de ser nada.

Tenemos que mostrar ahora que la presencia o ser, ese último fundamento de las cosas, tiene que tener unidad interna, tiene que ser uno.

El fundamento último (no hablamos de la causa o agente que ha traído la cosa a la existencia, no hablamos del fabricante del automóvil, sino del automóvil mismo, de su consistencia interna) no puede ser múltiple o disgregable. Si lo fuera, no solo sería disgregable sino la disgregabilidad misma. La imagen de la piedra arenisca se queda corta. Porque, por mucho que la disgreguemos, siempre llegaremos al granito de arena que ya no participa de la disgregabilidad de la piedra entera. Un último fundamento disgregable es indefinidamente disgregable, es la piedra arenisca que, además de carecer de la consistencia que le da la cohesión con que se presentan en ella los granos de arena, se resuelve en granos de arena indefinidamente disgregables en nuevos granos de arena. Sobre un último fundamento así no se puede edificar nada. Si por el mero hecho de ser, existir o estar presentes, las cosas fueran compuestas, no podrían existir ni consistir ni persistir.

Por eso el último fundamento de las cosas tiene que ser uno.

Por eso las cosas, aunque sean compuestas tienen un sentido unitario, una esencia y una racionalidad. Pocas cosas tan complejas como un automóvil. Pero existe y es útil gracias a la idea ejemplar eminentemente unitaria que de él tuvo un día su diseñador (una sola cabeza pensante, o si varias, unificadas por una dirección única) y gracias también a la configuración y trabazón finalística de todas sus piezas, cuyas notas todas son las que son y están donde están para lograr un efecto unitario. El automóvil ciertamente no es el ser en su primera y más simple acepción; pero la unidad que resplandece en él es trasunto de la que tiene dicho concepto. La presencia fundamental que es el automóvil reducido a su última nota, se manifiesta en la presencia mutua que todas ellas, todas las notas del automóvil, tienen entre sí: Todas las características, propiedades y piezas del automóvil se son presentes las unas a las otras, dicen de sí mismas una palabra asimilable por las demás, formando entre todas un discurso coherente y único.

En efecto, la presencia se abre a la unidad por sí misma. La presencia no se concibe si no se da en su interior una apertura que haga presentes entre sí a todas sus como partes, como concentrándolas en un punto. La presencia se salva en tanto en cuanto sea una, guarde la unidad. La división interna ausenta entre sí las partes que provoca. Y donde hay ausencia no hay presencia.

### **III - 5. La unidad admite grados.**

La unidad admite grados correspondientes a los de la presencia misma. Obsérvese cómo la presencia de sí mismo, que resplandece en la experiencia del propio ser, también los admite. Puede ser más o menos intensa, según esté más o menos interferida por imágenes o afectos extraños.

Esta posibilidad de la unidad de admitir grados se puede comprobar también comparando por ejemplo la unidad del montón de escombros que ha resultado de la demolición de un edificio, con la unidad que tenía ese mismo edificio antes de ser derruido, por deteriorado que estuviera. En el montón de escombros no hay más unidad que la puramente espacial; el contenido es un agregado caótico y desordenado de materiales heterogéneos. Mientras que en el edificio en su integridad esos materiales estaban dispuestos y ordenados según cánones de finalidad y belleza, que cohesionan una unidad. Lo que en el montón de escombros eran cascotes ausentes el uno al otro, ahora son partes integrales con cierto grado de presencia entre sí, logrando en su conjunto una entidad que manifiesta al exterior una palabra: la que define su esencia y hace a ésta abierta y presente a la inteligencia.

### III - 6. La riqueza del ser

También la riqueza fluye connaturalmente del concepto de ser. La presencia o ser es algo rico y enriquecedor.

Nos sería éste un principio evidente si no tuviéramos tan embotada nuestra sensibilidad metafísica, nuestra capacidad de admirarnos ante las cosas. Señal de este embotamiento es que nos deja indiferentes aquello que es lo más admirable en ellas: que existan, que estén fuera de la nada, que sean no-nada, que sean ser y estén ahí presentes. La mentalidad creacionista –correcta, por supuesto– nos ha ofrecido excusa (o más bien nos la hemos tomado sin que nos la ofreciera) para cohibir nuestra admiración. Nos decimos: “Las cosas existen porque Dios las ha creado” y nos sentimos sin más legitimados para mirar su existencia como el acontecimiento más vulgar, cuando la creación de Dios explica, sí, la existencia de las cosas, pero no merma en nada el calibre del milagro (“milagro” viene de *miráculum*, y este de *mirari* ‘admirarse’) que es el hecho de que algo que no tiene ningún mérito que le haga acreedor a la existencia, ningún factor que le dé derecho a exigir la existencia, sin embargo exista, y exista además lujosamente, adornado de múltiples cualidades y riquezas.